

Es propiedad
de D. V. de Lalama.

Librerías de Jordan,
Ríos, Perez y Guesta.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

LA CAPILLA DE SAN MAGIN.

en tres actos y un Prólogo, original de D. ENRIQUE ZUMEL, para representarse
el año de 1849.

SEÑORA DOÑA ANTONIA CHARTRU.

Amada madre: La mejor escena de mi drama ha sido inspirada por el amor que os profeso, y creo de mi deber el dedicároslo: muy poco vale, pues por llevar vuestro nombre quisiera que pudiese figurar entre los que justamente han merecido la aprobacion general: pero me queda el consuelo de que si no apreciáis el valor de él, apreciareis los buenos deseos de vuestro hijo que os venera.

El autor.

PERSONAJES DEL PROLOGO.

DON ALONSO ORTIZ, 24 años.
EL CONDE, 60 años.
EL CURA, 50 años.
ROQUE, criado del Conde, 20 años.
HERNANDO, pastor, 30 años.
LUCIA, dueña, 40 años.
JULIETA, criada, 20 años.
Caballeros, armados.

Patio de una quinta: verjas al foro: montes que se ven al través de ella; puerta á la izquierda de habitaciones: fachada á la derecha con puerta y balcon ó ventana.

ESCENA PRIMERA.

ROQUE y HERNANDO.

Roq. Si amigo: tiempo hace ya que el señor Conde partió; no se cuando volverá, ni nadie lo sabe, no. Escuderos le siguieron sobre fogosos corceles,

y tras él tambien se fueron muchos pages y donceles. Creo que dejó esta tierra con esos que le han seguido, para marchar á lo guerra que por allá se ha encendido.

HER. Parece ser que á don Pedro la guerra le ha declarado... ay!.. de pensarlo me arredro! Enrique, determinado. Que aunque bastardo le llama ese despiadado rey, parece ser que le ama la nobleza, y aun la grey.

Roq. Yo en eso no me entrometo; ellos allá se manejen; del rey hablo con respeto porque tranquilo me dejen. Todo cuanto hables aqui él lo oirá desde Sevilla; y entonces te premia, si, cortándote la golilla. Pues como digo: se fué el amo con esas gentes, y á combatir, pienso que se marcharon diligentes. Porque iban muy satisfechos pasando aquellas llanuras, cubiertos sus nobles pechos de lucientes armaduras. Su hija ha dejado aqui desde que se fué, encerrada; desde entonces, no la vi que saliese para nada. Apenas suenan las diez de la noche, recibimos orden de entrar, y par diez! de la quinta no salimos

hasta que no viene el día:
 alguna vez llegué á oír
 ladrar á Leal, y á fé mia
 no me dejaron salir.
 Y por mas que yo les dije
 algun ladron llegará,
 dijeronme, á qué se aflije?
 Acaso, nada será.
 Por lo que yo me malicio
 que quizá esas verjas pasa
 alguno, y en mi juicio
 lo conocen en la casa.

HER. Porque oyes ladrar al perro
 presumes de esa manera?

ROQ. En lo que digo me aferro.

HER. Pues yo tan necio no fuera.

ROQ. No es ninguna necedad,
 pues tengo muy buen indicio,
 que me dice, que es verdad
 lo propio que me malicio.
 Cuando aparece el lucero
 de la aurora, yo muy listo
 me levanto, y el primero
 soy que en la casa me visto.
 Y en hora de mas temprana
 cuando la gente dormia,
 tienes que la otra mañana
 aqui fuera me salia.
 Unas pisadas noté
 que todo el parque siguieron,
 y esta joya me encontré
(enseña una pequenita.)
 que sin duda aqui perdieron.
 Yo tengo la llave pues
 de esa puerta: de mi mano
 no salió: luego no es
 mi presentimiento vano.

HER. Pues mira, no puede ser
 perseguido con furor,
 el que viene aqui á perder
 joyas de tanto valor.

ROQ. Como otra cosa no quiera
 de la casa, bueno vá!

HER. Y la persona que fuera
 qué joya apetecerá?

ROQ. Eso, amigo, no sé yo...
 dentro está la señorita...
 y si alguno averiguó
 que es tan gallarda y bonita...

HER. Vamos, calla!.. no seas tonto!..
 Sospechas de tu ama asi?..

ROQ. Te aseguro, por lo pronto,
 no ignora quien entra aqui.
 Luego... esa vieja ladina
 que á su lado siempre está;
 esa sombra femenina
 capaz de todo será.

HER. Me retiro, que ya es tarde.

ROQ. Y hasta llegar á tu casa,
 que miedo!..

HER. Calla, cobarde!..
 Pues qué en el camino pasa?

ROQ. Que cuentan, no sé que hablilla,
 de sombras ó espectro, en fin,
 que sale de esa capilla
 que llaman de san Magin.

HER. Consejas del vulgo son-
 yo que cerca de ella vivo,
 nada he visto...

ROQ. No es razon
 que convence.

HER. Yo concibo...

ROQ. Que lo creas, ó no lo creas,
 una sombra diz que sale:
 no la ves!.. eso equivale
 que hará porque no la veas.
 Se dice que muchos daños
 hizo aquel que alli fundo
 la capilla, y que murió
 hará cosa de diez años.
 Y como dijo que en ella
 le enterrasen, se confirma
 lo mismo que el vulgo afirma:
 penar alli fué su estrella.

HER. Era pues el fundador
 de la capilla que dices,
 don Pedro Lope Nogrices,
 hombre de mucho valor.
 A los moros perseguia
 haciendo de esfuerzo alarde;
 mas burlada fué una tarde
 su arrogancia y valentia.
 Cien donceles bien armados
 á su lado caminaban,
 y de los moros topaban
 ginetes por todos lados.
 Al frente de ellos llegó
 Moabdali, llamado el bravo,
 y con sus huestes al cabo
 don Pedro les encontró.
 Empuñan la fuerte adarga,
 la lanza enristran tambien,
 y ya prevenidos bien,
 se dan la furiosa carga.
 Moabdali su sangre vierte
 cual coral á borbotones,
 sufre algunas convulsiones,
 y es despojo de la muerte.
 Pero antes que vuelva en sí
 el valiente caballero,
 mil puntas de fuerte acero
 le cercan con frenesí.
 Su gente vió dispersada:
 y cuando ciego de enojos
 vuelve aqui y alli los ojos,
 era solo en la jornada.
 Mas no humilla su cabeza
 al no encontrar un amigo,
 y al ver á tanto enemigo
 no desmaya su entereza.
 Con brazo fuerte, cual roble,
 furioso dá mil lanzadas;
 lanza pierde, y cuchilladas
 reparte con su mandoble.
 Por fin, en tierra cayó;
 y un moro determinado,
 á matarle despiadado
 del caballo se bajó.
 Y con bárbara locura,
 sin que herir le satisfaga,
 cien veces pasó su daga
 las juntas de su armadura.
 Por muerto alli nos le dejan;
 y cojiendo su caballo,
 prisa se dan á montallo
 y por el llano se alejan.
 Tendido en tierra quedó:
 y un vaquero que pasaba,

viendo que muerto no estaba humano le recojió.
Pasado tiempo, curado, por no haber mortal herida, dijo que debió la vida á milagro declarado.
Y que si no tuvo fin lidiando con valentia, fué por el santo del día, y el santo fué san Magin.
Por eso al punto mandó que listos le trabajáran, y al momento levantáran esa ermita que fundó.
Y no fué gran maravilla que cuando el trance llegára, pidiera se le enterrára en esa misma capilla.

Roq. Y por eso su alma allí desde entonces está en pena; porque el cielo, le condena y purga sus culpas, si.

HER. Vamos, tonto! no creas tal. A Dios, que tarde se hace.

Roq. Pues no!.. no me satisface... mira no en hora fatal...

HER. Calla, calla, y no seas bobo.

ESCENA II.

Dichos, y LUCIA.

Luc. Roque!..

Roq. Chis!.. que desventura!

HER. Adios, señora Lucia.

Luc. A Dios, Hernando. Procura Roque marchar al punto á esa aldea que se columbra aquí junto, y di que venga contigo al momento el cura.

Roq. Acaso le ha sucedido por nuestra mala fortuna á la señorita...

Luc. Nada!.. ve corriendo.

Roq. Voy...

Luc. Que!.. duda?

Roq. Es que si encuentro la sombra que en la capilla se oculta...

HER. No, Roque, vente conmigo; no hagas caso de tontunas.

Roq. Es que solo de pensarlo me dan mortales angustias.

Luc. Vaya pronto! Yo lo mando!

Roq. Ya voy!.. Parece una furia!..

ESCENA III.

LUCIA.

Jesus! Jesus y que noche!..
Que desgraciada Felisa!..
Combate con mil dolores y su dolor me lastima!
Por amar, la desgraciada padece esta horrible cuita.
Que males causan las guerras!..
Don Alonso la queria, y el Conde para su esposa se la prometió: y un día, declarados los partidos,

porque á don Pedro se inclina y al de Trastamara no, le niega al punto á su hija.
Los dos han logrado verse á veces en esta quinta.
Fortuna que en este tiempo el Conde fiero se alista, y vá á combatir cruel!..
que sino, pobre Felisa!..
Ahora gravemente enferma se encuentra; y en esta cuita, quiere al punto confesarse; y por eso, de la vecina aldea mandé traer el cura por mandato de Felisa.

ESCENA IV.

Roque, el Cura y Lucia.

Roq. He encontrado al señor Cura casi enfrente de esta casa.

Cura. He acudido, presuroso, al saber se me llamaba.

Luc. Al punto me seguireis, que yo os guiaré á la estancia de mi señorita.

Cura. Vamos.

ESCENA V.

Roque.

Observo yo en esta casa de tiempo acá una tramoya, que ya de castaño pasa: el Cura... y á tales horas!
Pues á mi no se me escapa, que aquí sin duda ninguna danzando el demonio anda: hacerme salir á así á la aldegüela inmediata con la noche tan oscura, cuando la sombra ó fantasma que sale de la capilla que de san Magin se llama, cojerme puede: y entonces... los demonios me llevaban.

(Pasa un embozado del foro derecha al foro izquierda por detrás de la verja: lo vé Roque.)

Que quien sabe... Dios eterno! va de retro, la fantasma!.. Y tan cerca de nosotros! Si la verja penetrara... yo, me subo á mi aposento; cierro la puerta con barras; delante, todos los muebles en forma de una montaña coloco; me echo á dormir, y que la quinta se arda!

ESCENA VI.

Un momento Don Alonso, que es el embozado que cruzó antes, aparece por detrás de las verjas, y entra en escena con precaucion.

Oh! Cuan grande es la zozobra que dentro el pecho se acrece; si tu hija triste perece, Conde cruel, es tu obra!
Ocho dias se han pasado

sin poder venir á verla,
 mas hoy que ya lo he logrado,
 presiento que he de perderla.
 Un criado estaba aqui
 cuando pasé para allá.
 Mas se ha retirado, si!
 Sin duda no volverá!
 En la estancia de Felisa
 mucha luz aun se divisa.
 Yo no sé si llamaré.
 Mas si, la seña precisa
 bajo su ventana haré. *(se acerca.)*
 Oigo rumor... Cielo santo!
 murmullo como de hablar
 escucho, que me da espanto
 cuando lo llego á escuchar.
 Un hombre sin duda es!
 En su estancia y á tal hora!
 En fin, aguardemos pues...

ESCENA VII.

DON ALONSO y LUCIA.

LUC. Mucho sufre la señora.
 Qué miro!

ALON. Lucia!

LUC. Señor!

Ah! ya tengo confianza!
 Os envia el redentor
 por cumplir nuestra esperanza.
 Felisa de esta mañana
 enferma, piensa morir:
 y de aquella aldea cercana
 al cura mandó venir.
 Este en verdá enternecido
 cuando oyó su afan cruel,
 consuelo la dió afligido,
 invocando al cielo él;
 á solas pidiome hablar
 con ella; yo no imagino
 qué le quiere aconsejar.

ALON. Y la triste... pierdo el tino!
 Quisiera á Felisa ver.

LUC. Esperad que el cura salga
 que pronto debe de ser.

ALON. Esperarme... Dios me valga!
 el quiera que pronto sea;
 porque en esta situacion,
 mientras que yo no la vea
 no sosiega el corazon.
 Oh Felisa! idolo mio!
 tu padre, el Conde te inmola!
 mas vano es su desvario,
 que mi vida eres tu sola!

LUC. Oh!.. don Alonso, callad!..
 no mirais que si os oyeran...

ALON. Si, Lucia, perdonad:
 nuevas desdichas vinieran.
 Que al volver su padre aqui
 le contarán que me vieron,
 é hiciera en su frenesi
 lo que otros muchos hicieron.
 El que antes era mi amigo,
 y á su hija me negara,
 porque soy un enemigo
 del Conde de Trastamara.
 Y culpo en verdad su ley
 porque condena á su hija,
 cuando yo venero al rey.

Es justo que asi la aflija?
 Si gratitud le debi
 al monarca justiciero,
 es razon para que asi
 me la arrebate altanero?

LUC. Al Conde, ya en la vejez,
 cercano á la sepultura,
 le domina la altivez
 mas que la grata ternura
 que debiera á su Felisa;
 le contrariais: la esperanza
 os quitó, porque precisa
 que de vos tome venganza.

ALON. Si de mi tan solo fuera,
 te juro, buena Lucia,
 que su venganza sufriera,
 y que no me quejaria.
 Mas con privarme su amor,
 tambien castiga por fin
 á ese ser encantador;
 á ese humano serafin.
 Esa cándida belleza
 que por mi amor seducida,
 ha manchado su pureza
 y acibarado su vida.
 No...! ninguno de los dos
 culpados somos á fé.
 Bien lo sabes tú, buen Dios!..
 su padre solo lo fué.

ESCENA VIII.

Dichos, el CURA.

CUR. Lucia!.. corriendo id!

LUC. Qué ocurre?

ALON. Decid por Dios!..

CUR. Este caballero es...

ALON. Don Alonso Ortiz, y...

CUR. Oh!..

me alegro por vida mia.
 Subios, señora, vos,
 que hablar quiero á don Alonso:
 partios sin detencion.

ESCENA IX.

DON ALONSO, el CURA.

CUR. Conozco vuestra impaciencia,
 y me complace, señor.

Esa joven inocente
 rendida se os entregó,
 y os ama mas que á su vida
 con un frenético amor.

La culpa ha tenido el padre
 que primero os consintió,
 y luego quiso apagar
 ese fuego abrasador.

Mas como pudiera ser
 que amor se apagase en vos,
 quiero saber sin demora
 cuál es ya vuestra intencion.

ALON. Mi intencion quereis saber?

Y como si hablase á Dios,
 os voy á hablar al momento.
 En un tiempo, se trató
 nuestro enlace; desde entonces
 en ella miraba yo,
 al alma que daba vida
 á mi pobre corazon.

Al encanto celestial
que tan solo con su voz
le hacia palpar de gozo;
se acrecentaba este amor;
cuando empezó á declararse
la guerra que se emprendió
entre ese Enrique bastardo,
y el rey don Pedro: averiguó
el conde, que era enemigo
del de Trastámara yo,
y mirando á su interés
el de Felisa olvidó,
y despreció las angustias
de su pobre corazon.

Luego me arrojó decasa
con obstinado rigor:
ni razones, ni finezas
vencieron su obstinacion;
y en esa estancia en que está
á mi Felisa encerró.

Desde entonces yo sufría
inconsolable dolor,
y me afanaba por vella:
pero no lo logré, no,
hasta que el conde á su gente
para partir ordenó.

Salieron los infanzones
de la nobleza mejor,
luciendo sus armaduras
y de Castilla el pendon,
y en tanto yo aprovechaba
su ausencia, pues consiguió
mi anhelo ver á Felisa,
cuando la noche tendió
su negro manto, y entonces
juréle un eterno amor.

CUR. Imprudentes!.. imprudentes!..
pero yo no os culpo, no!..
En esta vida, que es sueño,
sueño que acaba veloz,
asaltan las pesadillas
que agitan al corazon,
y á veces á resistillas
no basta nuestro valor.

ALON. Desde entonces en la capilla
de san Magin entro yo
por las tardes, cuando ya
se empieza á poner el sol,
y aguardo, hasta que á deshora
vengo para verla.

CUR. Oh!..
por eso el vulgo ignorante
afirma, que salir vió
de noche cierta fantasma,
y la fantasma erais vos!

ALON. Ya veis: amándola así
cuál debe ser la intencion
de este hombre desventurado
que solo anhela su amor?

CUR. Bien, hijo!.. me regocijo
de que penseis con honor!..
El enojo de su padre
sabré arrostrársele yo,
y antes de que él volviere
os daré mi bendicion!

ALON. Gracias!.. gracias, padre mio!..

CUR. Que el cielo os ayude.

ALON. Adios.

ESCENA X.

EL CURA.

Antes que vuelva el caudillo
anciano, los caso yo;
y enmendaré lo que erró
el señor de borca y cuchillo.
A mucho en ello me arrojé;
pero cumplo mi deber,
y no debo, pues, temer
ni su furia ni su enojo. (*clarin.*)
Mas cielos! esos clarines
en estas horas... me estraña:
mas bajan esa montaña
los armados paladines!..
Será del conde quizá
esa gente que aqui llega?..
El diablo sin duda juega
con estos miseros... Ah!..

ESCENA XI.

EL CURA, LUCIA.

LUC. Señor, habeis escuchado
el acento del clarin?.. (*se asoma á la verja.*)
Jesus!.. sonó nuestro fin!

Es el conde!.. ya ha llegado,

CUR. Recibele tú, Lucia;
si por su hija preguntára,
dile que mala quedára:
que sinó al punto saldria.
Que yo al lado de los dos
en este momento vuelo:
yo les prestaré consuelo
mientras imploran á Dios.

ESCENA XII.

EL CONDE, caballeros y soldados de armadura
LUCIA.

CON. Hasta esta mi quinta, llegad infanzones;
llegad, desnudaos los limpios aceros;
dejad que descansen los bravos trotones,
que tanto en las lides andaban ligeros.
Descanso es preciso despues de las lides;
ya al rey tan tirano logramos hundir;
ya la paz tenemos, fuertes adalides:
podemos tranquilos en lechos dormir.
No quiero al castillo llevaros agora,
do salen mis pages, donde hay tanto tren;
aqui reposemos de lid destructora:
mañana el castillo veredes tambien.

LUC. Señor...

CON. Oh Lucia! Por qué no ha salido
á ver á su padre, mi bien, mi tesoro?
Pues qué! los clarines acaso no ha oido?
O duda la ingrata quizás que la adoro?

LUC. No cabe en su pecho la duda terrible
que en este momento decir acabais;
entonces la vida seriale insufrible;
respirá tan solo porque vos la amais.
Tambien los clarines oyó... qué tristura!
tambien le han causado fatal sensacion;
enferma se encuentra, ved que desventura!
y no recibiros le causa afliccion.

CON. Pues bien, al momento yo quiero abrazarla:
del misero viejo la vida ella es.

LUC. El cura cercano llegó á confesarla.

CON. Dios mio! A esa gente alojála pues.

Perdonen, señores, que así me retire:
de mi hija infelice pelagra la vida:
mas esta noticia, me hará que delire,
es la hija del alma! Mi prenda querida.

ESCENA XIII.

LUCIA, y GUERREROS.

LUC. Y allí don Alonso!..
Oh noche de horror!
Por allí, señores... (*vanse los guerreros.*)
tiemblo de pavor.

(*va á la verja y mira adentro.*)

Por la otra ventana
de la habitacion,
un hombre ha bajado:
no me engaño, no!
El es, y se aleja!..
Ay!.. Gracias á Dios!..
aquella es la escala,
por ella bajó!

VOCES DENTRO. La fantasma!

LUC. (*á la verja.*) Qué!...

Los aldeanos! oh!
que saludar quieren
á su buen señor:
con él encontraron...
mas tiene valor!..

DENTRO. Si, á la fantasma!..

LUC. Que lo salve Dios!

PERSONAGES DEL DRAMA.

DON ALONSO ORTIZ, 48 años.

AUGUSTO, 24 años.

HERNANDO, 54 años.

ROQUE, 44 años.

FELISA, 42 años.

LUCIA, 64 años.

DON TELLO DE ORGAZ, 36 id.

Monteros, aldeanos y señoras.

ACTO PRIMERO,

Interior de la capilla de san Magin; altar al foro con un cuadro que represente el santo: bugías apagadas hasta su tiempo: puertas á derecha é izquierda: una puerta pequeña junto al altar: dos escaños á uno y otro lado del altar: ventana á la derecha: delante del altar losa de la tumba del fundador con esta inscripcion: Don Pedro Lope Nogrices.

ESCENA PRIMERA.

HERNANDO, y ROQUE.

HER. Si, Roque: cambian los tiempos
al par que envejece uno,
y nuestra vida se pasa
como ráfaga de humo.
Tú, me conociste joven;
yo á tí, joven y robusto,
y hoy viejos ambos estamos:
pues este es, amigo, el mundo.
Y lo mismo que la flor
aparece en su capullo,
y luego se abre lozana,

hasta que llegado el turno
de su muerte, se marchita
y viene el aire importuno,
y hoja tras hoja se lleva
dejando el tallo desnudo,
lo mismo en nosotros dos
juventud lozana hubo:
ya nos vamos marchitando;
y pronto como otros muchos,
bajaremos á la fosa
que ya nos abrirá alguno.

ROQ. Pues eso á mi no me agrada:
y al escucharte, discurro
que mal dispuesto se halla:
morir no debia ser uso.

HER. Personas hay, que la vida
tienen por peso importuno,
y tú deseas el vivir?

ROQ. Eso consiste en los gustos.

HER. Ahí tienes mi pobre hijo:
siempre está triste, confuso,
y anhela morir.

ROQ. ¿No sabes
por qué tiene ese disgusto?

HER. Yo, no.

ROQ. Por alguna cosa
que no le gusta, presumo.
Mas dime: si tú no has sido
casado... responde al punto,
¿cómo tienes á ese hijo
contrahecho y taciturno?
De la noche á la mañana
sacaste tú á ese energúmeno,
y á todo el que preguntó
dijiste que era hijo tuyo.

HER. ¿Te acuerdas aquella noche
que ambos estuvimos juntos,
en la quinta del buen conde
que se encuentra ya difunto?
Aquella en que habia salido
con fuertes guerreros muchos,
á batir al rey don Pedro
en favor de aquel intruso
bastardo, que luego el pié
encima del trono puso?
¿Te acuerdas tú que volvió,
y que los ecos confusos
de sus clarines, hicieron
que no quedara ninguno
de los buenos aldeanos
sin ir á hacerle el saludo?
Pues yo sali, como todos;
cuando vi correr un bulto
que vino hácia esta capilla:
reconocerle procuro,
y no lo puedo lograr:
aldeanos importunos
gritaban: ¡á la fantasma!..
persiguiéndole sañudos;
mas pasada media hora,
en silencio todo el mundo
estaba, yo la montaña
para retirarme cruzo;
mas al pasar por la puerta
de aquesta capilla, escucho
el llanto de un inocente;
me acerco, y hallo en lo oscuro
un desventurado infante,
llorando y casi desnudo.

Al encontrarlo, que el cielo
me impone el deber presumo
de criarle y recogerle.
Le puse por nombre Augusto;
le di á criar, y le tengo
cual hijo, conmigo junto.

Roq. Y es feo, cual un demonio:
yo de mirarlo, me asusto.

HER. Pero tiene un corazon
como no se encuentran muchos.
Es bueno, y agradecido:
tiene talento.

Roq. Seguro!...
algunas veces noté
que es entendido y astuto.

HER. Cuando llegó la noticia
de ser mi hermano difunto,
recibi una fuerte suma
que por herencia me cupo:
no teniendo ya familia,
y viendo que al buen Augusto
natura le favorece
con un talento profundo,
le di á educar á un hebreo,
con él hizo sus estudios.
De modo, que no es extraño
que en vez de ser hombre rudo,
luzca en todo, el gran talento
que en él el eterno puso.

Roq. Mas dime: ¿por qué tan triste
se encuentra ese mameluco?

HER. Sin duda, por la figura
que Dios le ha dado: pues puso
en él la naturaleza
todo su rigor sañudo.
Algunas veces le observo
alegre; oyendo el murmullo
de la fuente cristalina,
y acaso tambien le escucho
una grande exclamacion;
mas ya de la fuente junto,
vé su figura en el agua;
se queda meditabundo,
y esclama: «¿por qué natura
»en mi sus defectos puso?
»¿Por qué si toda es tan bella
»yo con mi ser la desluzco?»

Roq. Es verdad, que él entre flores
es, como en traje de lujo
con oro y en color claro,
remiendo de paño oscuro.

HER. Cuando escucha los acentos
del ruiñeñor, yo trasluzco
una sonrisa en sus labios
que desaparece al punto.
En dias de sol radiante,
se sale muy á menudo:
y se goza en recibir
calor de sus rayos puros;
contempla los altos cedros;
de las flores el conjunto;
y su pecho se dilata,
hasta que ve de su bulto
la rara sombra que pinta;
y dando un gemido agudo,
se encierra en su pobre estancia;
y sin que le vea ninguno,
solitario y encerrado
lanza suspiros profundos.

Roq. Pobre muchacho! es triste,
y para qué ha venido al mundo?

ESCENA II.

ROQUE, HERNANDO y AUGUSTO.

(Se abre una puerta junto al altar, y saldrá un joven con las piernas torcidas, corcobado y feo. Augusto es muy sensible: su corazon noble, sus pasiones arrebatadas: se notará en él la desesperacion resignada al recordar su figura: la amargura en su rostro: la ferocidad al final del segundo acto: sombrío siempre, hasta el reconocimiento con su madre.)

Acc. Para llorar y sufrir,
y en amargos desconsuelos,
vivir teniéndole celos
á cuanto puede existir!

Roq. Calla, calla! y nos oia!...

HER. Mas dime, Augusto querido,
¿por qué el pesar maldecido
te priva de la alegria?
¿Qué causa ha podido haber
para que tanto padezcas,
y para que así aborrezcas
la vida?

Aug. Vaisla á saber.
Cuando el uso de razon
ya se declaró en mi mente,
un dardo he sentido ardiente
punzarme en el corazon.
Y es el dardo, en conclusion,
el ver mi horrenda figura,
pues miro que de natura
el desprecio he merecido,
y aquesta la causa ha sido
de mi continua tristura.
Porque es, oh padre, espantoso
salir por esas llanuras,
y ver otras criaturas
que son de semblante hermoso:
y yo mas raro que el oso,
su forma no tengo, no!
la angustia que en mi se vió
me parece que la abona,
el no encontrarme persona
tan deforme como yo!...
Oigo las aves trinar,
las miro tender el vuelo,
que se elevan hasta el cielo,
y que vuelven á bajar:
en ellas llevo á encontrar
que natura se la dió,
beileza que me agradó:
las aves, me desconsuelan;
no hay en todas las que vuelan
una mas rara que yo!...
Voy á los montes ligero
y mi perro me acompaña;
busco en toda la montaña
de las fieras el sendero,
y miro que sale fiero
el oso y el lobo... Oh!...
y mi mente calculó
al verlos... que no es quimera:
que no se encuentra una fiera
tan horrible como yo.
Hasta á los peces del rio
ventaja les hallo á mi:
de la clase en que naci

soy un tipo bien impio;
y aunque ya en mi desvario
mil monstruos mi vista vió,
en la especie en que nació
cada cual, perfecto era:
conque no es una quimera,
que el ser mas raro soy yo!...

HER. Pero Augusto, reflexiona
esa es obra del destino.

AGG. Ya sé que fué un desatino
de natura mi persona.

ROQ. Aunque no desatinára
la tal señora, no hacia
falta ninguna, á fé mia.

HER. Augusto, por Dios repara...

AGG. Mas ya que quiso la suerte
concederme aquesta vida,
que por ser tan maldecida
es mas querida la muerte,
pudiera haberme otorgado
las caricias de una madre,
y no saber que mi padre
al nacer me ha abandonado.

¿En qué al Señor ofendi
antes de que yo naciera,
para que se resolviera
á hacerme sufrir así?

Abandonarme al nacer,
y despues haber crecido
sin padre, sin apellido,
sin una madre tener!

Sin fortuna, y la crueldad
del cielo para conmigo
se completó, al dar abrigo
en mi ser á esta fealdad!...

ROQ. Pues me parte el corazon
el escuchar sus querellas!
¿por qué otras formas mas bellas...

(campana lejana que toca la oracion.)

pero Hernando, la oracion.

Yo me voy para la aldea;
consuela á ese chico tú.

(Si parece un belcebú!)

Hasta otra vez que te vea.

HER. Yo voy con nuestra campana
ya la oracion á tocar,
puesto que se oye sonar
la de la aldea cercana.

ESCENA III.

AUGUSTO.

Ya que tan raro el cielo me formára,
no debió darme corazon sensible:
no debió consentir que idolatrára
con este amor de fuego, irresistible;
pues la dicha que el pecho ambicionára,
es una dicha para mi imposible.

Ella es hermosa y de elevada cuna,
y abandonado yo de la fortuna!...

¿Cómo acercarme á la muger que adoro
para pintaria de mi amor el fuego?

Como deciria; «vos sois mi tesoro,»
si me mirára y se espantára luego?

Por eso triste verteré mi lloro:

por eso humildemente á Dios le ruego,
que ya que es imposible sea mi esposa,
que sea al menos, sin amar, dichosa.

(se oye la oracion cercana.)

Al bajar en la alegre primavera
con mi perro, que siempre me seguia,
por esa hermosa y sin igual pradera
que á la montaña sin sendero guia,
un castillo miré, que con la esfera
torreones erguidos confundia;
y vi salir de entre la negra piedra,
nacidias matas de enlazada yedra.

Me acerqué aquella mole contemplando
en varios sitios por el sol herida;

y á mis solas, me estaba recreando
del hombre en ver aquella obra atrevida;

el rostro vuelvo, y me quedé mirando
á una muger en torreón subida;

parecióme al mirarla en tal anhelo,
un serafin que descendió del cielo!

Quedéme en el momento enamorado;

mas recordando mi figura rara,
huí por la pradera avergonzado

por temor que la bella me mirára.
Su rostro está en mi corazon grabado;

punzante dardo, en su interior clavára
el niño ciego; en su capricho loco,

mi angustia tan cruel la tuvo en poco!

Mas vienen por el camino
que hasta esta capilla guia

dos mugeres... Quién serán?
¿Y por qué aquí se encaminan?

Cubiertas con mantos vienen
y el aire se los agita.

A la una la ha descubierto.
¿Dios eterno!... si es la misma!...

La misma, si!... do me oculto?

Ay!... no quiero que mi vista
la asombre... por esa puerta!...

no vea mi forma maldita!

(se oculta por la puerta que salió: momento de silencio, y salen.)

ESCENA IV.

FELISA y LUCIA.

FEL. Aquí, Lucia, sabe que se encierra
para esta alma bienhechor consuelo;

pues aqui don Alonso se ocultaba
para verme despues en otro tiempo.

Niña era entonces, y en mi pecho ardiente
las circunstancias de mi amor recuerdo,

y acibára mi vida la amargura
del caliz del dolor que agoté entero.

LUC. Y que ratos, Felisa, hemos pasado
de sustos, de zozobras... ay!... aun tiemblo

al pensar en la noche tan funesta
que fuiste madre, y que el señor volviendo

en cama os encontró; y que don Alonso
por la ventana se bajó ligero,

llevando entre sus brazos al infante
que llevasteis, señora, en vuestro seno.

FEL. Considera mi pena, amiga mia:
considera lo mucho que sufriendo

estaria esa noche que recuerdas
pasando mil dolores en mi lecho.

Contempla mi pesar, cuando obligada
yo por mi padre, en el altar dispuesto

para esa ceremonia, di mi mano
y mi honor entreguele al buen don Tello.

Debes pensar lo mucho que sufriera;
pues que engañaba yo en aquel momento

al hombre que inocente y virtuoso

me consagraba de su amor el fuego.
Sacrificaba allí mis esperanzas,
no sé que me pasó: caí en el suelo,
y al recobrar ¡ay triste! los sentidos,
tendida me encontré sobre mi lecho.
Desde entonces, llorando siempre á solas:
por Alonso pidiéndole á los cielos;
pues unas veces pienso que olvidome,
mas otras pienso que infelice ha muerto,
sin que pueda salir de mi castillo,
siempre delante á mi tirano Tello,
la vida paso, ó bien mas que la vida,
las penas horrorosas del infierno.

LUC. Mas ahora que el esposo se ha ausentado
venis á esta capilla, y yo no infero
cuál es la idea que en venir tuvisteis.

FEL. Rezar á San Magin á solas quiero;
pues pienso de ese modo que mis penas,
por medio el Santo lograrán consuelo.

LUC. Pues siendo de esa suerte, me retiro
y á solas con el Santo al punto os dejo.
Allí en la puerta me estaré, cuidando
no vengan á turbaros en el rezo.

ESCENA V.

FELISA.

(se arrodilla, pausa.)

¡Santo glorioso que en el cielo moras!
milagroso y benigno te mostraste,
y siempre las querellas escuchaste
del misero que á tí se encomendó.
La suerte hazme saber de don Alonso,
la del hijo infeliz que triste lloro;
su memoria, señor, cual madre adoro,
y el beso maternal no le di yo!...
Tras tantos años que por mí pasaron,
su recuerdo en mi mente se aparece;
crece mi afán y mi amargura crece,
cuando pienso en el hijo que lloré.
Pero á tí te pondré como testigo
de que esta desdichada que te implora,
en esa falta que angustiada llora
mas que culpable, desgraciada fué!
Pues yo me hallaba en el abril florido
do se sienten las grandes sensaciones;
cuando albergan sensibles corazones
el amor que destruye á la virtud.
Y aquella falta que en mi afán espío
desgarra sin piedad mi pobre seno;
y en mi conciencia derramó un veneno
que me arrastra consigo al ataud!
Feliz mil veces, San Magin, sería,
si al menos de mi hijo yo supiera;
y si el destino quiso que muriera,
sepa al menos la triste realidad!
Que no perezca yo en la incertidumbre
en que triste padezco de esta suerte:
antes saberlo quiero, que la muerte
me duerma en la terrible eternidad!

ESCENA VI.

FELISA y LUCIA.

LUC. Señora, que viene Hernando.

FEL. Marchémonos ya, Lucia.

LUC. Sí, marchemos al castillo:

que ya la noche, Felisa,
su negro manto tendiendo
ocultó la luz del día.

ESCENA VII.

AUGUSTO; el teatro está oscuro.

Conque es verdad, Dios eterno!
conque esa hermosa muger,
puede triste padecer
los pesares del infierno!...
Conque esa muger tan bella
y en noble cuna mecida,
pasa llorando la vida
por el rigor de su estrella?
La suerte de un hijo llora,
y una culpa de liviana;
y en aquella edad temprana
perdió al amante que adora.
En su pecho hay un vacío,
y un deseo se acrecienta,
cual el que en mi pecho aumenta
mi funesto desvario.
Pero al fin, nada agitó
hasta agora mi conciencia;
luego esa bella, en esencia
es mas infeliz que yo!
Y segun se ha lamentado,
y segun llegué á escuchar
á la triste, á su pesar
ya su padre la ha casado.
Y goza de ese tesoro
causando su desventura
otro hombre... ¡Que tortura!
en tanto que yo la adoro.
Pero no me importa, no!..
siento que sea desgraciada;
que aunque no fuese casada
su dueño no he de ser yo!

ESCENA VIII.

AUGUSTO y HERNANDO.

HER. Augusto, ¿pues como aqui?

AUG. Y á qué es padre esa sorpresa?

HER. Porque he visto dos mugeres

que se escapaban ligeras,
con negros y largos mantos
entrabas á dos cubiertas:
y como que siempre huyes
á donde nadie te vea,
extraño que de esas dos
despavorido no huyeras.

AUG. Oculto he estado, señor,
allí detras de la puerta;
y allí he podido escuchar
la plegaria lastimera,
que al Santo le ha dirijido
de aquellas dos, la mas bella.

HER. ¿Y sabes tú por acaso
quiénes son?

AUG. Diré acerca
de eso, que he visto á la una
bajando yo la pradera,
en un torreón del castillo
que aqui cercano se ostenta:
y ha poco se lamentaba
con su aya, ó lo que fuera,
que con un señor don Tello
está casada por fuerza.

HER. Calla!.. conque esa señora
que ha poco que aqui estuviera,
es del Conde nuestro amo.

la desventurada huérfana?
¿Y cómo será que así
de su castillo se aleja,
para venir desde allí
cruzando por la maleza?

Aug. Ha dicho aquí que su esposo
del castillo se halla fuera,
y que así para venir
la coyuntura aprovecha,
para rezar al buen Santo
porque mitigue sus penas.

HER. No sé, en verdad lo que piense:
en fin, que sea lo que sea:
muy de noche es á fé mía,
y voy con esta linterna
á encender á San Magin
al momento algunas velas.

Aug. (Y yo á pensar en la hermosa
por quien mi pecho sufriera;
que ya en mis penas no pienso,
porque recuerdo sus penas.)

ESCENA IX.

HERNANDO que ha tomado una cerilla puesta en una
caña ó palo como en las iglesias, enciende las velas
que tendrá San Magin: se empieza á oír viento y
después lluvia.

HER. Pues extraño es por mi fé
que así con misterio venga,
solamente acompañada
por una vetusta dueña,
esa señora Felisa,
que nunca nadie la viera
salir de día ni de noche,
desde que el padre muriera.
Siempre celoso don Tello,
según algunos dijeran,
á su esposa, cuidadoso
como á su tesoro encierra:
pues dicen que la infeliz,
parece más prisionera
que esposa de tal don Tello
que esclaviza su belleza.
Pero ya de San Magin
tengo encendidas las velas:
la noche mala se ha puesto
y voy á cerrar la puerta.
¡Vaya un aire! ¡Jesucristo!..
y me pienso que comienza
á llover: pero que miro!..
un bulto hácia aquí se acerca;
muy apresurado viene:
¿quién será? Pero ya llega.

ESCENA X.

HERNANDO, DON ALONSO.

ALON. Buen hombre, sabed que os ruego
albergue algunos instantes,
quien de climas muy distantes
hasta aquí perdido llega.

HER. Pase, si, el buen caballero;
(entra don Alonso y cierra Hernando.)
sentaos en este escaño,
y no le parezca extraño
me retire...

ALON. Solo quiero
debajo techado estar;

HER. Voy al punto á disponer
la lumbre, porque á mi ver
mejor ireis al hogar.
Y al par, porque del camino
ya vendreis estenuado,
haré tomeis un bocado
con un trago de buen vino.

ALON. Antes de irós, perdonad
si os detengo á preguntaros.

HER. Aquí no gasteis reparos,
y como os plazca mandad!

ALON. ¿Una quinta que se hallaba
de aquel monte en la subida?..

HER. Ha poco fué destruida.

ALON. ¿Y el dueño que la habitaba?

HER. Era un Conde que murió.

ALON. Creo que una hija tenía.

HER. Pues esa vive en el día,
y su riqueza heredó.

ALON. Que vive! ¿Y dónde se halla?

HER. Dicen se encuentra escondida,
y pasa la triste vida

detrás de espesa muralla.

Pues habita en el castillo

que antes el padre tuviera,

porque el buen anciano, era

un señor de horca y cuchillo.

ALON. Algun pariente tendrá
á su lado.

HER. Bueno es ello!

Tiene á su esposo don Tello.

ALON. Qué decis! Casada está?

HER. Casada!.. qué, lo extrañais?

ALON. No lo extraño, amigo, no.

(Ingrata!.. como olvidó...)

Decidme; vos ¿cómo estais

cuidando de esta capilla?

Y el otro que la guardaba?

HER. ¿Aquel que el vulgo llamaba
el tío Requindo Garpilla?

ALON. El mismo.

HER. Llegó á morir:

y á mi, como era vecino

que vivía en el camino,

pudiéronse dirigir

para encargarme guardára

esta capilla que veis.

ALON. ¿Y agora el cargo teneis
que de Requindo os quedára?

HER. Ya lo veis: pero mirad
que rendido habeis llegado,
y nada os he preparado.

ALON. Os lo suplico, esperad.

¿Podeis al castillo ir

de la esposa de don Tello?

HER. ¿Que si puedo? ¡Bueno es ello!..

Si puedo entrar y salir

cuando quiera!

ALON. ¿Podreis ver
á Felisa por ventura?

HER. ¿La conoceis?

ALON. (¡Que tortura!)

La he podido conocer

en un tiempo muy remoto;

y como llegué hasta aquí,

amigo, y en lo que vi

terrible mudanza noto,

que me desconozca temo,

y por eso, yo quisiera

que un favor grande me hiciera:
(Si llegara un caso extremo...)

Lo hareis, amigo? Decid,

HER. ¿Y cómo resistiré?

Decídmelo, y yo veré...

ALON. Pues amigo, entonces, oid!

Quiero vayais al castillo,

y entended que me precisa:

preguntareis por Felisa,

y le enseñais este anillo.

Si os llegase á preguntar,

decidle que forme empeño

en venir: que de él el dueño

ya la espera ante el altar.

HER. ¿Pero no sabeis, señor,

que de Felisa el esposo,

pierde todo su reposo

por celarla con rigor?

ALON. Entonces, dejadme ya!...

os lo suplico, os lo ruego;

podeis encender el fuego.

HER. Diz que el amo ausente está,

y la ausencia aprovechando

del esposo, la veré:

y al punto la mostraré

el anillo, á fé de Hernando.

ALON. Tomad, amigo, tomad,

que yo os deberé la vida:

no dilateis la partida:

andad, buen Hernando, andad!

HER. (Me conmueve por quien soy:

con una duda batallo,

porque en este señor hallo...)

ALON. No vais, amigo?

HER. Ya voy.

ESCENA XI.

Dichos, y Roque.

Roq. ¿Hernando, vas á salir?

HER. ¿Cómo vienes aquí ahora?

Roq. Vengo, porque en el castillo

he escuchado cierta cosa,

que te vengo á prevenir

porque despues no te coja

de nuevo.

HER. Estaba de prisa...

ALON. Si, marchaba...

Roq. Será corta

mi visita: ya ha llegado

don Tello, y á mi señora

le ha dicho, que si es su gusto

una batida disponga

para mañana: y que sí,

le dijo su amada esposa.

HER. (á Alonso.) (Ha vuelto!)

ALON. (Soy desgraciado!)

Roq. Mas hablando con la otra...

con la vieja, con la bruja!

que no parece otra cosa,

ha dicho doña Felisa

que allí en la selva frondosa,

delante de su marido

se vá á mostrar fatigosa,

por venir á esta capilla

á descansar unas horas:

y á mi me mandan delante

para prevenir las cosas,

y por si es que te interesa

te he referido la historia.

ALON. (¡Aquí vendrá: yo la espero!)

HER. (Mas ved, que no vendrá sola.)

ALON. (Que venga como viniere!

Su venida es lo que importa!)

Roq. (Hernando y el forastero

charlando están: ¡esta es otra!)

Y yo... (Pero no me escuchan.

Es una gracia donosa!)

Hernando, observa que yo...

(Nada!.. pues me incomoda

ese desprecio... por cierto

que cuando él...)

HER. (á don Alfonso.) (Reflexiona

el hombre, cuando precisa...)

ALON. (Sin embargo...)

Roq.

(Alguna cosa

puede ser que necesite

Hernando de mí á otra hora:

y supuesto que desprecia

de este modo mi persona,

me escurro, y no me despido. (vase.)

HER. Voy adentro: se abandona

la tristeza, y junto al fuego

algun bocado se toma.

Y en tanto, pedid al cielo

que en cualquier cuita os acorra.

Pero Roque... se marchó!

Es un loco!.. Su medrosa

imaginacion, ha hecho

sin duda alguna que corra

cual un gamo, hasta llegar

al castillo donde mora.

ESCENA XII.

DON ALONSO.

Despues de tanto afan y sufrimiento,

destierro, emigracion, persecuciones,

hasta este sitio presuroso llego,

donde el olvido y la traicion se esconde.

¡O cielos!.. ¿quién diria

que Felisa... ¡ay de mí!.. me olvidaria!

Tras tantos años que por mí pasaron;

sin saber de la suerte uno de otro;

llorando sin cesar, vivi yo esclavo:

libre viéndome ya, corri afanoso!

Y al fin de la jornada,

á esa mujer perjura hallo casada.

Pero al menos veré si de mi hijo

indagar puedo el triste paradero:

en esa puerta, loco, perseguido,

le dejé por lidiar con mas denuedo!

Y el niño desgraciado,

llorando se quedó desconsolado!

Infelice de mí!.. cuanto martirio!

¡cuantas penas mi pecho desgarraron!..

¡qué aciago se ha mostrado ese destino

con este don Alonso infortunado!..

Mas pronto, concluida

ha de ser mi desgracia, y aun mi vida!

Si, si: preciso es que me atreva

á arrostrar el rigor de mi desdicha;

parece que el infierno es el que juega

á su placer con la existencia mia!..

Si, sin duda es el averno,

el que dispone mi suplicio eterno!

AUG. (ha abierto la puerta y oido el final, y dice.)

(Ese hombre perfecto por natura,

;

tambien es como yo desventurado.)
ALON. Mal haya para siempre mi fortuna!
 en maldecirla con afan, me canso!
 Si el infierno es tan cruel,
 ¿cuál es la causa? Dimela, Luzbel!

ESCENA XIII.

DON ALONSO, AUGUSTO, HERNANDO.

AUG. Señor!..
ALON. Qué es esto, cielos!..
 O sueño, ó deliro yo!..
 ¡Aparta, demonio astuto!
 ¡qué fatal aparicion!
HER. Ya teneis... *(sale.)*
ALON. Dejadme! *(vase.)*
HER. Qué...
AUG. *(mira á Hernando con sonrisa de amargura y dice tristemente.)*
 Aqui sus penas lloró!
 del demonio se quejaba
 nombrándole en alta voz,
 y al mirarme aparecer
 un demonio me creyó!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

HERNANDO.

La llegada de ese hombre
 me dá mucho en que pensar.
 Ese misterio que muestra!
 Ese reprimido afan
 por ver á doña Felisa...
 yo no sé qué calcular.
 Aquel anillo que guarda
 y que quiere él enseñar
 á esa dama: ¿por acaso
 le es conocido? Quizá!
 Quién sabe? Las mujeres...
 Mas en fin, ello dirá.
 Pero Augusto no parece:
 ese chico es sin igual:
 quizá porque teme vengán
 los de la caza á parar
 aqui, se habrá ya escondido
 y no se le encontrará. *(trompas de caza.)*
 Mas se acerca la batida:
 las trompas oigo sonar
 mas cercanas. Pero Augusto!..
 ¡y qué agitado que está!..
 Cual corre! Sin duda alguna
 la gente se acerca ya.

ESCENA II.

HERNANDO y AUGUSTO.

AUG. Padre! padre!.. por mi vida
 que nunca pude pensar
 que tanto agrade, el mirar
 en el monte una batida.
HER. Y dime, Augusto, ¿por qué
 como antes ya no te escondes?

¿Mas qué es eso? ¿No respondes?
AUG. Si, si: la causa os diré.
 Otras veces, no queria
 que importunos me miráran,
 para que no se burláran
 al ver la figura mia.
 Mas hoy en el campo hallé
 lo que yo nunca habia visto,
 y que os juro .. si, por Cristo,
 que al mirarlo me alegré!
 Allá abajo me escondi
 al principio con gran susto,
 y allí padre!.. con qué gusto
 pasar la partida vi!
 ¡Qué espectáculo tan vario
 con los caballos y perros,
 corriendo por esos cerros
 y el monte antes solitario!
HER. Conque tanto te agradó?
AUG. Que si me agradó? ¡Dios mio!
 ¿No veis en mi un desvario
 que casi nunca se vió?
 Porque tal cosa al mirar,
 no sé como puede haber
 quien se esté sin conmovér
 y sus penas olvidar!
HER. ¿Mas qué viste, en conclusion,
 en aque-a caceria,
 que asi cause tu alegria
 ni tan grande admiracion?
AUG. Yo las trompas escuché
 que en el monte resonában,
 y los perros que ladrában;
 y al momento me oculté
 para ver como pasában.
 Pronto pude descubrir
 cien monteros may galanes:
 orgullosos los vi ir,
 sus talles solo al lucir
 sobre fuertes alzánes!
 Entre estos se escuchaba
 gran jarana y voceria,
 cuyo estruendo lo aumentaba,
 con los ladridos que daba,
 la numerosa jauria.
 Detras vide un caballero
 con gorra y con larga pluma,
 con semblante placentero,
 sobre un alazan ligero
 que vierte mares de espuma.
 Tambien á su lado estaba
 una mujer, sin engaño,
 que con su rostro encantaba,
 y con las crines jugaba
 del fuerte bruto castaño.
 Le cierra un negro vestido
 el pecho y cuello á la vez:
 y su pelo recogido,
 en lindos rizos prendido,
 adornan sublanca tez.
 Negra gorra en la cabeza
 lleva sin pluma ni adorno:
 vestida con ligereza,
 de su espléndida belleza
 se admira mas el contorno.
 Con la ballesta en la mano
 distraida iba quizá,
 hasta que se oyó lejano
 un rumor, y ya cercano,

un grito, que dijo: ahí vá!
 Y de la trompa el sonido
 al punta se repitió
 en la maleza, un ruido
 se oye, y dando un rugido
 negro jabali salió.
 De la bella el alazan
 se espanta: con la ballesta
 se apresta sin grande afán;
 y mientras los perros van,
 su tiro certero asesta.
 Su roja sangre vertía
 la fiera en el pedernal,
 cuando ya cerca venía
 un escuadron, que á fé mia
 parecióme celestial.
 Varias bellas en corceles,
 que detras habian quedado,
 con varios monteros fieles,
 y seguidas de lebreles
 que son de lealtad dechado.
 A este tiempo apareció
 el de anoche, el forastero:
 á la de negro miró,
 que al punto se desmayó:
 él, la sostuvo ligero.
 Las gracias llega y le da
 aquel de la larga pluma:
 al verla, asombrado está:
 inquiere la causa ya,
 que su marido es en suma.
 Escapa por la maleza
 sin que le detenga nada,
 picando con ligereza
 al caballo, y de fiereza
 lanzando fija mirada,
 el de anoche, el forastero;
 y cuando tal advertí
 corri por ese sendero,
 y vine aqui tan ligero,
 por contaros lo que vi.

HER. Y la del negro vestido
 sabes acaso quién es?

ARG. Reflexionando despues,
 al momento he conocido
 que fué la que ayer entró.
 de vieja dueña seguida,
 y que aqui muy afligida
 á san Magin le rezó.

HER. (No hay duda, no, que es Felisa:
 por fin, la ha logrado ver;
 ¿qué relacion podrá haber...?)

ARG. Mirad: de aqui se divisa;
 un grupo por el camino;
 se acercan; no, se detienen:
 á esta capilla se vienen.
 ó al menos, yo lo imagino.

HER. Bien claro he llegado á vello:
 antes que puedan venir
 yo los voy á recibir.
 Es el señor, es don Tello. (vase.)

ESCENA III.

AGUSTO:

A todos bellos los vi:
 todos, soberbia apostura:
 no hay ninguno que en figura
 llegue á semejarse á mi!

Adoro con frenesi;
 con ardorosa pasion
 en mi humilde condicion
 á aquella hermosa mujer:
 es de otro: ¿cómo ha de sér!..
 Calla y sufre, corazon!..
 Gran séquito la seguia,
 y encima los alazanes
 estaban todos galanes
 ostentando gallardia.
 ¿Cómo tuviera osadia
 para en ninguna ocasion
 declararle mi pasion
 á la que mi pecho amára?
 Porque no me despreciára
 callára mi corazon!..
 Si como esclavo pudiera
 al lado de ella vivir,
 si pudiera conseguir
 que en aprecio me tuviera,
 como se tiene á una fiera
 que por gusto en un jaulon
 se encierra por diversion,
 yo de cerca la veria
 y entonces, respiraria
 tranquilo mi corazon.
 Pues juro yo por mi fé
 que al verla, en mi desvario,
 lamiera, pues ya lo ansio,
 el sitio do puso el pié:
 de hinojos la serviré;
 tendréla veneracion,
 y del dolo y la traicion
 yo la sabré libertar..
 Mas eso, no ha de pasar:
 calla y sufre, corazon!..
 Que aunque bello te ha formado
 y tan sensible, natura,
 en esta horrenda figura
 á la par te ha encarcelado:
 y cual la perla ha buscado
 de los hombres la ambicion,
 rompiendo sin dilacion
 su concha rara y grosera,
 á ti buscarte debiera.
 quien quiera un fiel corazon.
 La concha pueden partir
 sin que se rompa la perla;
 buscarla pueden sin verla;
 sabiendo debe existir.
 Mas nadie ha de presumir
 al ver mi constitucion,
 que este ser de maldicion
 que á todos asombro diera,
 perla tan fina escondiera
 en lugar de un corazon.
 Se acercan: me voy de aqui:
 ¿qué destino tan cruel!..
 Siempre huyendo de los hombres,
 no se burlen si me ven!

ESCENA IV.

DON TELLO, FELISA, HERNANDO, Señoras, monteros y aldeanos.

TEL. Entrad hasta aqui, mi esposa,
 donde en breve os repondreis
 del susto, que el jabali
 os dio rugiendo al caer.

HER. Sentaos en ese escaño,
pues bien quisiera tener
alguna cosa mas cómoda
que ofrecer á vuesarcé.

TEL. Señores, esa batida
no se debe detener:
seguid persiguiendo fieras,
derribarlas á cercen:
que al momento que mi esposa
un tanto repuesta esté,
montaremos á caballo
para unirnos otra vez. (*vase acompañamiento.*)
Vos, Hernando, esos bridones
que estan ahí fuera, poned
allí en la entrada del prado
que de aquí mismo se vé.
Que cuando montar queramos,
allá iremos.

HER. Está bien. (*vase.*)

ESCENA V.

DON TELLO, y FELISA,

TEL. Con pesar, bella Felisa,
aquesa tristeza veo,
pues siempre en vano procuro
alegraros, distraeros.
En la caza, pensativa:
ni el espectáculo bello
de las fieras perseguidas
por los valerosos perros;
ni el oír el trino del ave,
ni el cántico de gilguero,
ni el murmullo de las aguas
que se deslizan, lamiendo
de las plantas y las flores
la tierra donde nacieron;
nada puede, esposa mia,
alegraros, conmoveros:
siempre indiferente á todo;
ni una mirada merezco
por tanta solicitud
que me sirviera de premio:
desde que delante el ara
nos ha unido el himeneo,
siempre á mis halagos fria,
siempre por vos padeciendo.
Al principio la esperanza
abrigué, de que viviendo
unidos, con veneraros
ganára el cariño vuestro:
mas veo que el tiempo pasa
y nada consigue el tiempo.
De suerte, que en mi interior
terrible lucha sostengo:
pues que me encuentro celoso;
y en mi amargo desconsuelo,
celos tengo, sin saber
de quién debo tener celos.

FEL. Que vos así padezcáis,
querido esposo, lo siento,
y siento al par que abrigueis
esos infundados celos.
Mi natural melancólico
que puede así entristeceros,
no lo motiva, señor,
ningun criminal afecto,
y podéis vivir tranquilo
confianza en mi teniendo,

porque es mi pesar debido
á algunos tristes recuerdos.

Cuando me casé con vos,
porque así me lo impusieron,
yo, señor, no os conocía
y mal pudiera quereros.

Después, empecé á apreciaros:
mas murió mi padre luego,
y esta pena, destrozando
atrozmente está mi pecho.

Vos, sin nada precaver,
me vigilais con esmero,
y habeis, señor, escitado
mi justo resentimiento.

Siempre en mi estancia encerrada;
ver las gentes desde lejos;
mas bien como vil cautiva
que como esposa viviendo.

Esta es mi pena, señor,
este es, señor, mi tormento.

TEL. Pues bien, amada Felisa,
no vigilaros prometo;
saldreis, cuando os pareciere:
en vos confianza tengo.

Procuraré reprimir
mis abominables celos:
no os hablaré como esposo,
sino como amante tierno;
como esclavo, si quereis,
pues os adoro y venero.
Decidme, ¿y de esa manera
mereceré vuestro aprecio?

FEL. Si, si; lo merecereis,
(qué bárbaro sufrimiento!
Alonso! Alonso!.. ay de mi!...)
Ya mejorada me siento:
¿sigamos pues la batida?

TEL. Si, mi dueño; en el momento. (*vanse.*)

ESCENA VI.

AUGUSTO.

Es perfecto ese señor
y de ella sufre el desden.
Oh cielos!... y yo me alegro
sin alcanzar el por qué.
Que le ame ó no le ame
jamás su dueño he de ser.
Sin embargo, me consuela
el que no le quiera bien.
Porque es tan misero el mundo
y tan tirana su ley,
que lo que el uno no alcanza
porque es su suerte cruel,
se alegra que no haya otro
que lo pudiera obtener.
Mas quiero verla marchar,
y desde allí la veré.

ESCENA VII.

ROQUE, AUGUSTO.

Roq. Hasta aquí he llegado súbito,
buyendo del monte rápido:
porque ese endiablado estrépito
de cazadores fanáticos,
hace salir energúmenos,
que son para mi antipáticos:
pues tienen colmillos... cáscaras!!

que á cualquier alma de cántaro,
le pueden pasar un músculo
en menos que digo Cárcamo.
Mas qué miro! allí el feróstico!...
¿qué contempla tan estático?
y qué cara tan feísima!..

¡Jesus, qué mirar tan ábido!

Aug. Allí baja: ¡qué hermosísima!
ligera va como el pájaro
que el vuelo levanta intrépido
después de lanzar su cántico
al aire; ¡cielos!.. qué misero
cariño... ¡Dios! borradmelo
del pecho!.. que no es licito
en mi seno alimentármelo!

Roq. Da manotadas!.. ¡qué estúpido!...
¡qué risa me causa el bárbaro!

Aug. Voy á seguirla solícito
pues nadie puede estorbármelo.

Roq. Augusto! Augusto! respóndeme!..

Aug. Dejádme!

Roq. Si cojo un látigo...

Aug. Qué!.. que!.. (*mirando á Roque con ferocidad.*)

Roq. Nada, bellissimo.

(¡Qué cara!.. me falta el ánimo!)

Aug. Al infierno!.. (*vase.*)

Roq. Vete, súpito.

ESCENA VIII.

ROQUE.

Sin duda es un ser fantástico,
un espíritu maléfico.
Quise asustar al gáznapiro,
y puso cara tan horrible
que me asusto recordándolo.
Hernando viene, y siguiéndole
el forastero misántropo:
pues yo al momento retirome,
no piensen vengo buscándolos.

ESCENA IX.

HERNANDO, DON ALONSO.

Roq. No te busco, no te busco. (*vase.*)

HER. Ese necio está borracho.

ALON. Mis mas bellas esperanzas
en este sitio empezaron,
y en este sitio, también
he visto mi desengaño.
Pero ya que lo he perdido
todo, pues desdichado
mi ilusión vi que volaba
dejándome abandonado,
al menos tendré consuelo,
si los noticias alcanzo
de un hijo que ya perdido
por largo tiempo he llorado.
Pasé por esta capilla
una noche, en que llevando
conmigo al hijo querido
que nació tan desgraciado,
la gente me perseguía,
á la fantasma! gritando:
yo corri por largo tiempo:
pero viéndome cercado,
conoci que si algun golpe
certero me toca acaso,
llevando al misero infante

muere el triste en mi regazo;
pero al llegar á esa puerta,
en el cielo confiando,
dejé al infelice niño
para seguir peleando.

HER. (Oh cielos!.. El padre es
de Augusto!)

ALON. Pero pensando
volver por él, al instante
que solo hubiera quedado
libre del furor de todos,
en el solitario campo.
Mas ay! sin duda el destino
en perseguirme obstinado,
hizo que yo en la cabeza
recibiese enorme palo.
Caigo en tierra sin sentido;
cuando torno á recobrarlo,
me encuentro que preso estoy:
y que no puedo, aunque trato
de escapar, venir en breve
por el pequeño pedazo
de mis entrañas, que triste
dejé en el umbral llorando.
Vos que cerca de este sitio
morais, sin duda, Hernando,
de aqueise misero niño
supisteis por un acaso?

HER. Ese niño, cerca está.

ALON. Oh cielos! Es cierto, Hernando?

HER. En aquella misma noche,
después que solos quedaron
estos sitios yo pasaba
para mi casa despacio,
y escuché como lloraba
el infante desgraciado.
Le recogí; al momento
me fuí al pueblo cercano:
le di á que lo criasen,
y vive por este acaso.

ALON. Gracias! gracias! no sabeis
el peso que habeis quitado
de este pobre corazón
que tanto ha sufrido... tanto!...
¿Pero dónde está mi hijo?
Dónde está? Quiero abrazarlo!

(*abre la puerta de junto al altar y viendo que no
está Augusto dice los versos.*)

HER. Puede que dentro se esté:
seguidme por este lado.

ALON. Si si! busquémosle, amigo.

HER. Descuidad: pronto heis de hallarlo.

ESCENA X.

AUGUSTO.

No hay duda: no, no! sufrir
será mi aciago destino:
y hasta dejar de existir,
es sufrimiento el camino
que me lleve hasta morir,
pues tal lo quiere mi sino.
Esta indómita pasión,
este inocente deseo
porque late el corazón,
que me matará preveo:
porque en cada sensación
un nuevo martirio veo.
Mas allí mi padre está

con el señor forastero:
qué será lo que querrá?
Pero márchome ligero,
que un demonio me creerá
como anoche. Marchar quiero.

ESCENA XI.

DON ALONSO y HERNANDO.

HER. Puede ser que haya salido
á ver la gente cazar;
pues antes vino admirado,
y dijo que es sin igual
el espectáculo bello...

ALON. Andad buen Hernando, andad:
buscadle, que quiero verlo.

HER. Yo calmaré vuestro afán.

ESCENA XII.

DON ALONSO.

El hijo!... El hijo inocente
fruto de mi liviandad,
al fin voy entre mis brazos
dentro de poco á estrechar.
Alégrate, hijo querido!
Ya ha cesado tu horfandad!
Yo, consolaré sus penas:
él me habrá de consolar;
y de este modo, resarzo
la amargura sin igual
que abriga mi corazón,
por la infame falsedad
de esa muger tan hermosa,
que ha introducido un volcán
en el centro de este pecho,
que su amor pudo abrigar.

ESCENA XIII.

DON ALONSO, FELISA.

FEL. Tras del ligero venado
la gente corriendo vá,
y yo que cazar no quiero
me pude quedar atrás,
dejándolos embebidos
en correr tras él: mas... Ah!...

ALON. No esperaba esta ocasión
de poder de cerca hablar
á la pérfida muger,
á la que en hora fatal
conoci; para que luego
me pudiese así olvidar.

FEL. Alonso!...

ALON. Calla, muger;
de tu inicua falsedad,
de tu olvido, por ventura
te pudieras disculpar?

FEL. La olvidada he sido yo:
desde la noche fatal
en que mi padre volvió
y te pudiste alejar.
Esperando siempre ansiosa
tu vuelta, con grande afán,
pasaba los tristes días
sin hacer mas que llorar.
Diez años eran pasados,
y ni rastro ni señal,
ni noticia tuya hallé,
por mas que quise encargar

á Julieta y á Lucia
tratasen de averiguar
algo de tu suerte: entonces,
olvidada creíme ya
unas veces: otras muerto
te llegué, Alonso, á llorar.

Un día vino mi padre
y me dijo que en edad
estaba ya de casarme;
que ya dispuesto el altar
me esperaba el sacerdote,
para que el lazo nupcial
al punto me hiciera esposa
del noble Tello de Orgaz.

A mi padre resistí
hasta que no pude mas,
pues la causa que tenía
no era posible alegar;
y llorando tu abandono
y mi destino fatal,
llegué trémula hasta el ara
do me hicieron pronunciar
un sí, que me hizo la esclava
de Tello: puedes culpar,
hombre injusto, á esta muger
que tanto sufriendo está?

ALON. Oh! .. tienes razón, Felisa!
fué sin duda Satanás
quien así nos separó.

FEL. Tan solo me resta ya
que me digas lo que fué
de mi hijo.

ALON. Lo sabrás.
Yo salí desde tu quinta
por medio la oscuridad,
y al hijo de nuestro amor
aquí tuve que dejar:
de los brutos aldeanos
recibo un golpe mortal.

Vuelvo en mí, y me encuentro preso:
voy la causa á preguntar,
y me dicen, que por ser
espía: que en mi fatal
desmayo me registraron,
y llegaron á encontrar

en mi pecho una escarcela,
donde estaban, por mi mal,
unas cartas de don Pedro,
quien por traición infernal
del Conde de Trastámara
pereció. Sin vacilar

me llevan como rebelde
á la grandiosa ciudad
de Sevilla; y don Enrique,
sin pararse á consultar
mi inocencia, me sentencia
á acabar mi mocedad,
y aun mi vida, encarcelado.

Seis años tuve que estar
en mi encierro; mas después
me escapé: pude ganar
de noche el Guadalquivir;
un barquero con afán,
me lleva á bordo de un buque
que se parte sin tardar
á Gebal-Tarec, salimos,
se armó grande temporal:
después de pasar á Cádiz;
furiosa, ruge la mar,

y hácia la costa del moro
el barco sin rumbo vá.
Un buque sale moruno;
nos ataca, y como mas
armado, pronto consigue
nuestra gente derrotar;
entre ellos cautivo caigo;
esclavo soy del Sultan;
practico mil tentativas
por lograr mi libertad,
y todas salen frustradas,
y asi me esclavizo mas:
por fin, despues que pasé
en feroz cautividad
diez y seis años seguidos,
puedo volver para acá,
y encuentro que eres de otro;
considera mi ansiedad!

FEL. Aquí cerca? ¡Dios eterno!
¿dónde? ¿dónde?

ALON. Lo verás,
si consientes devolverme
la vida y felicidad.

FEL. Alonso, no te comprendo.

ALON. Escucha y comprenderás.
Nosotros, aun nos amamos:
no pudo el tiempo borrar
este abrasador incendio,
este ardoroso volcan.
Un hombre, la dicha estorba
que pudiéramos gozar;
me dirás tiene derechos;
mas los tengo yo, ¿verdad?
Pues bien: huyamos unidos;
el hijo nos seguirá,
y al cabo de tantos años
nuestras penas cesarán,
y lo que antes fue desdichas
hoy será felicidad.

FEL. Alonso, no puede ser:
no pudo el tiempo borrar
este amor inextinguible:
pero yo debo olvidar
mi dicha, y tambien tu amor;
yo de don Tello soy ya:
ese esposo que me adora
me maldigera quizá,
y el mundo todo indignado
por mi ciega liviandad,
sin piedad escupiria
sobre mi abatida faz.

ALON. Mientras viviese á tu lado,
yo le supiera arrancar
la lengua y el corazon,
á quien te pueda insultar.

FEL. ¿Y piensas que feliz fuera?
Mi conciencia, sin cesar
en mis ratos de delicia
me viniera á presentar,
al esposo que ofendido
se hallára triste y mortal:
el infierno desplegara
contra mi toda crueldad:
en vez de dichas, Alonso,
me muriera de pensar.

ALON. ¿Es esa, muger perjura,
es esa, muger falaz,

la pasion que me tuviste?

FEL. Te tuve pasion leal;
mas me veda mi deber
seguir amándote ya,
Dime tan solo... mi hijo,
dónde se encuentra?

ALON. Llorad,
llorad por él para siempre,
noticia no os he de dar
de él; jamás le vereis.

FEL. Jamás has dicho?

ALON. Jamás!

FEL. Alonso, véme á tus pies;
mirame triste llorar
por ese infelice fruto
de mi ciega liviandad;
déjame lo conocer!..

ALON. Ya os he dicho que jamás!

FEL. No por Dios!.. el hijo mio!..
déjame que con afan
estampe sobre su frente
el ósculo maternal!

ALON. Asi que me sigas.

FEL. Quieres
por fuerza que criminal
yo mis deberes olvide?
Alonso!.. Alonso!.. En verdad
que no pensé que en tu pecho
cupiese tanta maldad!..
Por cumplir esos deseos
tu concibes medio tal!..
El corazon de una madre
pretendes despedazar
negándole, si obstinada
no quiere á su honor faltar,
que vea á su pobre hijo
que de su alma es la mitad!

ALON. Felisa, preciso es!

FEL. ¡Oh Dios!.. que fatalidad!..
un hombre llega hácia aqui;

(Alonso vá á la puerta y mira: mientras sale de la
puerta de junto al altar Augusto.)

acaso Tello será!

¿por dónde escapar? Por dónde...

Aug. Por aqui!

FEL. Dios!.. (asustada.)

Aug. Escapad!

(don Alonso que no ha oido esto, se vuelve á hablar
á Felisa, y encuentra á Augusto.)

ESCENA XIV.

DON ALONSO, AUGUSTO.

Aug. (Amado es este; si, si!..
envidia tengo y enojo...)

ALON. Tu miedo fué necio antojo:
Hernando es quien viene aqui. (se vuelve.)
Mas cielos!.. Esa vision
que me persigue obstinada...

Aug. No soy vision figurada:
soy un hombre en conclusion.

ALON. A dónde fué la muger
que hablando conmigo estaba?

Aug. Yo, que desde alli escuchaba,
la pude en salvo poner.

ALON. Quién diablos el ser te dió?
Aparta de aqui, maldito!..

Aug. No asi levanteis el grito,
que estoy en mi casa yo!..

ALON. Si un paso doy hácia ti,
huirás de aquí en el momento.

AUG. Pues tengo en un presentimiento
de que no suceda así.

Y no penseis que conmigo
tratais cual con un cordero:
saber podeis, caballero,
que no hay pequeño enemigo.
Vos al verme contrahecho
el paso quizá dareis,
verme huir esperareis
acaso muy satisfecho.
Y no encuentro una razón
para que esa opinión forme,
que si es mi cuerpo deforme,
es perfecto el corazón!

ALON. Me retas? Pues vive Dios...

(*va á desenvainar; Augusto que lo vé, salta sobre él:
le detiene el brazo, y amaga con un puñal.*)

AUG. Tened el brazo; atrevido
ya la vez os he cogido,
y la víctima sois vos!

ESCENA XV.

Dichos, y HERNANDO.

HER. Detente, Augusto! Es tu padre!..

AUG. (*tirando el puñal.*) Cielos!..

ALON. Dios mio!..

HER. Señor,
vuestro hijo...

ALON. Desgraciado!

AUG. (*cayendo de rodillas.*)

Perdon. ¡Oh padre! Perdon!

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

AUGUSTO, y DON ALONSO.

ALON. Hijo, si, tan desgraciado
has nacido como yo:
mas presumo, sin embargo,
que mas infeliz fui... Oh!..
y tanto... pues tú no sabes
la lucha que el corazón
veinte y cuatro años sostuvo:
mas al fin, quiere el Señor
que encontrándote, hijo mio,
se mitigue mi dolor.
Otro nuevo sufrimiento
el cielo me deparó
al verte; pues he mirado,
que ha sido de maldición
el amor, que en este pecho
un tiempo se alimentó.
Me ha dolido tu desgracia.

AUG. Mi desgracia, ya cesó.
El no tener á mi padre
ni el beso de bendición
de una madre recibir,
aumentaba mi dolor.
Un nombre, Señor, y un padre,
ahí estaba mi ambición!
Mi figura repugnante

mil martirios me causó,
pero mas me lastimaba
mi destino tan feroz.
Por cúmulo á mis pesares
sin duda dispuso Dios,
que yo mirase á una hermosa,
y que el fuego del amor
este mi pecho incendiara
avivando mi pasión.
Lloraba desesperado,
cuando al ver el bello sol
miraba esta rara sombra
pintado en mi derredor.
Entonces, triste pensaba,
que era imposible, que yo
me acercase á la muger
que inspirarme pudo amor;
y con ansia deseé
habitar en su mansion,
no como amante, mas si
como esclavo: quise yo
que ocasiones se encontrasen
en que el peligro mayor
la amenazara, tan solo
por el gusto tener, oh!
de morir en su defensa
víctima de mi pasión.
Sin duda el cielo dispuso
que en medio mi ciego ardor,
ningun liviano deseo
ocupase mi atención,
pues puro como los cielos
era mi ferviente amor.
De todos celos tenia,
y hasta los tuve de vos;
y por eso hace muy poco,
si no se escucha la voz
de Hernando, moris ¡oh padre!
inmolado á mi furor,
pues es mi madre infelice
la que mi pecho adoró.

ALON. Felisa? ¿Será posible?

AUG. Y tan posible, señor;
natura sin duda hablaba
á mi pobre corazón,
pues en ella yo veía
no una muger, padre, no!..
miraba una cosa bella
digna de veneración,
y en pos de ella me arrastraba
hechizo fascinador.
Feliz seré, si, mil veces,
si en premio de tanto amor,
de su ternura consigo
la materna bendición!

ALON. Si, si la conseguirás:
esa es toda tu ambición
pero yo mas ambicioso,
y por eso tan feroz
la suerte siempre conmigo
en la desgracia me hundió;
en este instante pudiera,
si no colocase Dios
ó el demonio, en mi camino,
á un hombre de maldición,
tocar la felicidad
después de tanto dolor.

AUG. ¿Un hombre en vuestro camino?
Decidme quién es, que yo

aunque raro y contrahecho,
fuerte y decidido soy,
y puedo, por defenderos,
esponerme con valor.

ALON. No, Augusto; nada lograrás;
yo pudiera la ocasion
buscar para provocarle,
y que oyese de mi voz
insultos, que á fiera lid
nos llevasen á los dos.
Huiremos de aqui, hijo mio;
y de todo el derredor
del castillo y la capilla
huiremos sin detencion,
y en otros remotos climas
alli apartados los dos,
viviremos olvidados
del mundo.

AUG. Pero señor,
entonces, mi padecer
no mirais será mayor?
Lejos de mi pobre madre,
no podré vivir... ¡Oh, no!..

ALON. Pues qué!.. ¿No me seguirás?

AUG. Padre!..

ALON. ¿Tendrás valor
para dejarme partir
á otra lejana nacion,
entregado á la tristura?

AUG. El cielo que colocó
esta aficion en mi pecho,
os responderá, no yo!
Os venero, padre mio;
quisiera que una ocasion
se presente de verter
toda mi sangre por vos;
pero no contra mi madre!..
Al nacer el nuevo sol,
me vierais con vos partir
si ella nos siguiese.

ALON. Oh!
no quiere seguir la ingrata
á quien tanto la adoro!

ESCENA II.

Dichos, y LUCIA.

LUC. Es don Alonso?..

ALON. Lucia?

LUC. Si, don Alonso, soy yo.

¡Como el tiempo nos cambió!

ALON. Tanta y tan larga agonía...

LUC. Pero el tiempo, nuestros lazos
de amistad no ha destruido,
y aqui, señor, he venido
á estrecharos en mis brazos.

ALON. Llega Lucia!.. Llega, si! (*se abrazan.*)
Esto alivia mi dolor.

LUC. Ay pobre!.. Pobre señor!

ALON. ¿Te duele lo que sufrí? (*hablan ap.*)

AUG. (No los quiero importunar;
el infeliz padre mio,
consuelo á su desvario
hablando debe encontrar.) (*vase.*)

ESCENA III.

LUCIA, D. ALONSO.

LUC. Don Alonso, os engañais:

aquella desventurada,
abatida y desolada
está; vos la calumniais.
El fuego que pudo arder
por vuestro amor desgraciado,
no pudo ser apagado
en seno de tal muger.
Inocente y virtuosa
á pesar de su deslíz,
os renuncia la infeliz
por sus deberes de esposa.
Es cierto que se casó
durante tan larga ausencia;
en su dolor ó clemencia,
ya muerto, Alonso, os creyó.
Cuando diez años pasaron
de silencio y soledad,
cuando luego con crueldad
á casarse la obligaron,
la infelice sucumbió;
siempre buena y virtuosa,
cumplió deberes de esposa
y á solas por vos lloró.

ALON. Cierto es, Lucia, eso si:

fatal fué su situacion;
sin duda su corazon
sufriera mas que sufrí.
Mas cuando vino la ingrata
y oyó el medio de que viva,
con tan cruel negativa
ya sabe como me mata.

LUC. Injusto por Dios estais
con aquella desdichada;
cuanto dijo la cuitada
en su casa, á escuchar vals.
Unida ya con su esposo
despues que hablára con vos,
marchan veloces en pos
del ciervo y tambien del oso.
Pero en breve fatigada
al castillo se marchó
Felisa: Tello, siguió
sin pararse su jornada.

Entró en mi cuarto Felisa
anegada en triste llanto;
pregúntole su quebranto;
llorar, dice, le precisa.
Y despues de sosegada
me cuenta su desventura;
que os adora con locura,
mas que se encuentra casada.
Que no hay en la tierra un ser
como vos de ella querido;
mas que no dará al olvido
por el amor, su deber.
Dice, la habeis condenado
á no conocer su hijo;
yo, don Alonso, me aflijo
porque en tal hayais pensado.
No pretendais su virtud
de nuevo, Alonso, manchar;
si tal quereis intentar,
preparadla el atahud.

ALON. Dichosos pudimos ser,
si como estuvo tratado,
nos hubiesen desposado
y ella fuese mi muger.
Inocentes padecemos,
un mismo amor nos subyuga;

:

emprender pronto la fuga,
y unirnos ambos debemos.
Y ya que tanta crueldad
demostró nuestro destino,
es ese el mejor camino
de entera felicidad.

LUC. Nolo es, don Alonso, no:
fuera mayor desconsuelo;
los arcanos de ese cielo
respetad, él lo ordenó.
Felisa, »corre; me dijo,
»dile á Alonso que la suerte
»lo quiere; ya, hasta la muerte;
»pero muéstrame su hijo.
»Yo no le puedo tener,
»por ser casada, á mi lado »
Su hijo desventurado,
Alonso, dejadle ver.
Que luego, en su afan prolijo,
sola y triste la dejais;
mas vos al partir, llevais
por consuelo á vuestro hijo!

ALON. Yo quiero ver á Felisa.

LUC. Eso, Alonso, es imposible.

ALON. Haced vos que sea posible,
porque verla me precisa.

LUC. Si no os quiere recibir...

ALON. El esposo hora está fuera,
y que quiera ó que no quiera
no me podrá resistir.

LUC. Mirad que es un compromiso...

ALON. Vos entráis, y le decis
que voy á verla; ¿lo ois?
considerad que es preciso.

LUC. Pero...

ALON. Vé delante, y guia:
desde aqui te sigo yo.

LUC. Pero no mirais?...

ALON. No, no!
nada reparo, Lucia. (*se la lleva del brazo.*)

ESCENA IV.

AUGUSTO.

Todos desgraciados son,
si bien se llega á mirar:
todos nacen á penar,
todos tienen afliccion!...
Cada cual la suya siente
y dice que es la mayor;
y cada cual en rigor
cuando asi lo dice, miente.
Que cuanto mas desgraciado
el hombre se considera,
puede encontrarse quien fuera
mas que él infortunado.
Y dar gracias al Señor
debe el hombre en su desvelo,
porque bondadoso el cielo
no le dió pena mayor.
Yo infelice me creia
pensando que los hermosos
eran del todo dichosos,
y que yo solo sufría.
Y hoy miro que la hermosura
tambien se aflige y padece,
y que por ella se acrece
á veces la desventura.
Y yo hago esta reflexion,

no porque tengo reposo,
que no puedo ser dichoso
si mis padres no lo son.

ESCENA V.

AUGUSTO, y FELISA.

FEL. No pude resistir la incertidumbre
que dentro de mi pecho se posaba:
la dueña, quebrantando su costumbre,
despues de tanto tiempo no tornaba.
Y yo impaciente por saber mi suerte
tomé el oculto y desigual camino,
para ver si la vida ó si la muerte
me guarda en la capilla mi destino.
Ah!..

(*admirada al ver á Augusto que la contempla apartado.*)

AUG. Penetrar me es dado lo que siente
en este mismo instante vuestro pecho.

FEL. ¿Quién aqui le dirige al insolente?

AUG. Os hablo con verdad, y satisfecho
de que asi que me explique, mi señora,
las gracias me dareis por mi osadia:
por la suerte de un hijo, acaso llora:
que víctima de horrible tirania,
del amor verdadero os despojaron.
cuando os hallabais en abril florido,
y de las penas que por vos pasaron,
aun está vuestro pecho condolido.

FEL. Decid, ¿quién sois que conoceis mi historia?

AUG. Ya lo sabreis al fin, cuando os aclare
sucesos que atormentan su memoria,
y un arcano tambien á vos declare.
Padeceis un tormento tan prolijo
y llorais entregada á la amargura,
porque ansiáis conocer á un pobre hijo
nacido en el dolor y desventura.

FEL. Es verdad!.. es verdad!.. siempre he llorado:
continuo torcedor de mi conciencia
me ha sido su recuerdo: le he buscado,
pero nada indagué de su existencia.

AUG. Pues escuchadme y os diré su historia,
que nadie mas que yo decir la os puede:
y al escucharla, haced que en la memoria
grabado su martirio siempre os quede.
Ya su padre, señora, os ha contado
como al triste dejó en esta capilla,
y que fue á largo encierro condenado
por don Enrique, bastardo de Castilla:
Y que un labriego le hubo recogido
educando al infante con empeño;
tan cerca de su madre ha subsistido
que mas parece su ventura un sueño.
Horrisono pesar le atormentaba
que en esto es varia la voluble suerte,
tanto, que algunas veces con afan llamaba
la guadaña terrible de la muerte.
Su horfandad era parte de su pena,
y aun otra causa que contaros quiero
su pensamiento á veces envenena;
que es verdad cuanto aqui fiel os refiero.
Una mañana, estando el sol radiante
al mundo iluminando en ebras de oro,
doraba desde punto bien distante
de la bella natura el gran tesoro;
Cuando saliendo alegre mariposa
voleteaba entre las frescas flores,
abria sus alas sobre linda rosa,

mostrando al sol ardiente sus colores;
 Cuando el manso arroyuelo murmurando
 regaba de las plantas el terreno,
 y alegre ruiseñor siempre cantando
 hacia el campo seductor y ameno,
 Vuestro hijo gozando en la natura
 al campo sale por temprar sus penas,
 y un castillo encontró de tal altura,
 que á las nubes tocaban sus almenas.
 Aquella obra contempló admirado:
 cuando á un torreón que poco dista
 del mancebo, que hallábase asombrado,
 inquieto vuelve con afán la vista:
 contempla á una muger que allí subida
 la juzgó en su sorpresa, en tal anhelo,
 una deidad hermosa, descendida
 desde la altura del divino cielo.
 De entonces el mancebo infortunado
 aquella imágen conservó en su pecho;
 natura fue la que sin duda ha hablado,
 y le dió para amarla su derecho.
 Que no un amor mundano en él ardía,
 no era insana pasión, no era liviana;
 que fiel veneración sé la tenía,
 como á cosa divina y soberana.
 El no pudo esplicarse el sentimiento
 que su mente de pronto trastornára,
 ni aquel terrible afán, aquel tormento,
 que el anhelo de verla le causára.
 Mas luego conoció que era preciso
 que tal afecto al redentor le cuadre;
 aquella sensación era un aviso;
 la bella fuisteis vos, era su madre.

FEL. Y mi hijo desgraciado, ¿por ventura
 que su madre yo soy, decidme, sabe?

Aug. Si!

FEL. Y se oculta y me deja en la tristura!
 ¿tal crueldad en pecho humano cabe?
 ¿No sabe que el afán que me atormenta
 era el deseo de saber que existe,
 y que agora mi pena tan crecanta
 es porque anhelo conocer al triste?
 Mientras él por los cielos inspirado
 á su madre adoraba con ternura,
 su madre ansiaba conocer su estado
 y en el borde se halló de la locura.
 Aquí está el santo, que testigo mudo
 de mi llanto por él, mi amor veía;
 y sabe que implorar mi labio pudo
 por el hijo infeliz del alma mía.
 A su padre le ruego solamente
 y por eso á buscarle ansiosa vine,
 porque anhelo me diga prontamente,
 quien es mi hijo.

Arg. Y yo que lo previne,
 al miraros llegar apresurada
 sin compañía, advertí la ansiedad loca
 porque veniais hasta aquí arrastrada,
 y quise lo supierais de mi boca.
 No cabe la crueldad en vuestro hijo,
 y con vos mucho menos, mi señora:
 por abrazaros, con afán prolijo
 desde que lo supo zozobroso llora.
 Pero teme causaros mas quebranto
 cuando humilde á vuestra vista se presente,
 y que en vez de enjugaros ese llanto,
 pena mayor arrugue vuestra frente.

FEL. Por Dios, que no comprendo las razones
 que aquesa lengua en confusión profiere,

y un raudal de violentas sensaciones
 en lo profundo el corazón me hiere.
 ¿Por qué se aumentará mi desconsuelo
 si humilde se presenta el hijo mio?
 Abrazarle es mi afán: testigo el cielo
 que por eso es no más mi desvario.

Aug. Es que puede quizá que causa exista
 que os haga que si aquí se presentara,
 con horror apartarais de él la vista,
 y su madre de si le rechazara.

(después de una pausa en que se manifiesta indecisa.)

FEL. No llego á comprender qué causa pueda
 hacerme rechazar al hijo mio.

Si ese temor venir aquí le veda,
 puede y debe llegar, yo se lo fio.

Si acaso en este mundo abandonado
 su razón ha tomado torpe giro,
 si un crimen por su mal ha ejecutado,
 yo se lo cubriré, pues que deliro
 de placer, al pensar que debo hallarle:
 y aunque tubiese el alma deprabada,
 de todos modos tengo de adorarle;
 su falta enmendaré de Dios guiada.

Aug. Y el hijo desdichado, que sin duda
 cerca está de nosotros escuchando,
 pues vé que vuestro afecto ya le escuda,
 hasta vos llegarás sollozando.

Criminal, le acogéis á vuestro seno;
 ningún remordimiento le importuna:
 á todo crimen en el mundo ageno
 nadie puede acusarle por fortuna;
 con orgullo acogido es de su padre
 pues pudo penetrar sus sentimientos;
 lo mismo le amará su tierna madre
 aunque verle le aumente sus tormentos.
 Y aunque sea repugnante su figura
 podéis tener, señora, por consuelo,
 que está recompensado con usura
 en noble corazón que le dió el cielo.

Lucho aquí entre el pesar y el regocijo
 y no resisto sensaciones tantas!...

Mirad podéis ¡oh madre! á vuestro hijo,
 llorando de placer á vuestras plantas.

(se arrodilla: Felisa le mira sorprendida con amargura: después de una pausa pequeña le levanta: los dos se abrazan y lloran. Augusto de placer, Felisa de placer y sentimiento.)

FEL. En mis brazos acójete, infelice
 fruto de un amor desventurado;
 tu presencia no más mi culpa dice,
 pues natura en tu cuerpo la ha grabado.
 ¿Y cómo fué posible que dudara
 tu corazón, y que de mi temiera
 que pesarosa yo te rechazara,
 cuando sumiso ante mis pies te viera?

¿Presumiste, hijo mio, por ventura
 que yo al buscar mi hijo procuraba
 encontrar un modelo de hermosura
 en el ser infelice que lloraba?
 No, no, te equivocaste; yo quería
 solamente encontrar... ¿por qué lo estrañas?
 al ser que se formó de sangre mia,
 al trozo que perdí de mis entrañas.

Aug. Esas palabras, madre, me fascinan;
 y acabando mi amargo desconsuelo,
 de tal manera agora me alucinan
 que me juzgo elevado al alto cielo.
 Ese llanto que el rostro os humedece
 me deja en este instante resarcido,

pues mi gozo por él, señora, crece,
de todos los pesares que he sufrido.
¿Quién es el hombre que sufrir no ansia,
los tormentos horribles del infierno,
con tal de disfrutar esta alegría,
conque me premia el Hacedor eterno?
Y el hombre que ha vivido abandonado
¿qué dicha encontrará que mas le cuadre,
que verse de repente acariciado
por los brazos divinos de una madre?
Una madre!.. Gran Dios!.. ¿hay, por ventura
un ser mas caro en el mentido sueño
que llaman vida, y que nos dá natura
para hacernos sufrir con loco empeño?...
No, no!... no existe en este mundo
ser mas sagrado; si, ella nos alienta;
su amor sin interes, amor profundo,
del pecho de una madre no se auenta.
Si el hijo es criminal, cual dijo ha poco
mi dulce madre, con su amor le cubre;
si virtuoso acaso, en su afecto loco
sus virtudes al mundo le descubre:
honrado ó criminal, la madre sabe,
empleando su amor y afan prolijo,
pues todo por su bien se lo precabe,
honor hacer al adorado hijo!...
Momentos he tenido, que anhelaba
perder de pronto mi angustiada vida:
mas fué porque yo, triste, no esperaba
en tu seno llorar, madre querida.

FEL. Tu gozo dá á mi corazón consuelo,
fruto infeliz de mis amores tristes:
calmaráse en un tanto mi desvelo
pues pienso que de mi muy cerca existes.

AUG. Ay de mí!... que acibára mi ventura,
el pensar que de vos, madre adorada,
no se acaba, señora, la tristura:
con Don Tello de Orgaz, estais casada.
Y mi padre me manda que le siga
al punto que su marcha luego emprenda.

FEL. Seguirle tú?... No, no!... cuando te diga...

AUG. El viene!...

FEL. Si... Mas puede que comprenda...

Retírate, que hablarle sola quiero:

(vase Augusto.)

á mi pena, presumo será humano;
y obrará como amante y caballero:
quiera el cielo ¡ay de mí!.. no ruegue en vano.

ESCENA VIII.

FELISA, DON ALONSO.

ALON. Te encuentro!.. Gracias á Dios!..
Al castillo con Lucia
llegué, pero luego supe
que tú, adorada Felisa,
del castillo habias salido:
y por la vereda misma
volvime, que hasta este sitio
sin pérdida alguna guia.

FEL. Allí me hallaba impaciente,
y me encontraba afligida;
y por camino escusado,
por el que nadie transita,
por temor de que me vieran
me vine aqui á toda prisa,
pues ya no tuve paciencia
para esperar á Lucia,
y quise hablarte: si, Alonso,

en esta misma capilla.
Que me hicieses conocer
á mi hijo, Alonso, queria:
pero quiso la fortuna
presentármelo á la vista,
y ya llorando en mi seno
recibió dulces caricias.

ALON. Le conoces?... El ha sido...

FEL. El, que viendome afligida
por el hijo que lloraba,
por calmar la angustia mia
se declara, y á mis brazos
llorando viene en seguida.
Tu te quieres alejar
de esta tierra, y me le quitas;
me quitas á mi el consuelo
y le arrebatas la vida;
pues sabe que el hijo mio
por inspiracion divina,
antes de saber que era
mi hijo, ya me queria.

Aqui te estaba esperando
para pedirte afligida,
que no te lleves al hijo
que aliviar puede mis cuitas.

ALON. Felisa, ¿puedes querer
que yo solo me decida
á partir, desesperado,
recordando tu falsia,
y que el único consuelo
que mi pena necesita
te le ceda, y yo perezca
consumido de agonía?
No no!.. nunca lo verás,
ni puedes verlo, Felisa;
en tanto que yo por tí
lágrimas vierto infinitas,
tú en los brazos de un esposo
mi reposo sacrificas.

FEL. Como destrózas mi alma!..
Cómo aumentas mi desdicha!
¿No sabes que de ese esposo
son las ardientes caricias,
unos suplicios atroces
que mi alma martirizan?

ALON. Eso que dices, perjura,
mentira es solo, mentira!
si á ese hombre tú no amáras,
al punto me seguirias.

FEL. Alonso, honor me lo veda:
y al darte tal negativa,
el honor habla tan solo:
mas no el pecho de Felisa.
Déjame, Alonso, á mi hijo.

ALON. Imposible! ¿Tú deliras?
¿No ves que al menor descuido
tu secreto venderias,
y tu esposo enfurecido!..

FEL. Alonso, sé que es precisa
mucha prudencia; prudente
te juro ser, por mi misma.

ALON. Felisa, parte conmigo:
dame con tu amor la vida,
y vivirás con tu hijo
en mi amante compañía.

FEL. Y mi hijo que ya sabe
una horrible falta mia,
verá que culpable esposa
el crimen me precipita,

y puede que allá en su pecho
me acuse... no, no!..

ALON. Oh! mira!..
deja esos vanos temores.

FEL. No mas: estoy decidida;
libre, fuera tuya, Alonso:
mas mi deber me esclaviza.

ESCENA IX.

Dichos, y LUCIA.

LUC. Felisa! apenas llegué
de don Alonso seguida
al castillo, conmovida
en vuestra estancia os busqué.
No os encuentro, y se lo digo
á don Alonso: él se apura,
y á buscaros se apresura:
yo, mil temores conmigo
sin saber por qué, tenia;
entro en mi estancia; al momento
el oido pongo atento
porque gran rumor se oia.
Salgo la causa á saber,
ay!.. nunca llegase á vello!..
he visto traer á don Tello,
que acaba de perecer.

ALON. Cielos!...

FEL. Qué dices?..

LUC. Salió
persiguiendo algun venado,
y el caballo, aunque cansado,
corriendo se desbocó.
Vuestro esposo... ya se vé!..
la brida tira sereno;
intenta ponerle freno,
pero todo en vano fué;
por el monte se despeña,
y hasta el llano no pararon:
caballo y amo, bajaron
rodando de peña en peña.

Y tan terrible caida
por aquel bridon fogoso,
á vuestro infelice esposo
le cuesta, ay triste! la vida.

FEL. Asi le reciba el cielo
y sus culpas le perdone!...

ALON. Su gracia no le abandone!..

FEL. Alonso!.. ¡Que desconsuelo!..
Aunque yo no le queria
su mucha desgracia siento.

ALON. Mas por ese sentimiento...
no olvides la suerte mia.

FEL. Aunque yo te rechacé
ha poco por mis deberes,
dueño de mi vida eres;
no lo sabes?

ALON. Si, lo sé!...

FEL. Era mi esposo; la muerte
le cogió tan de improviso...

ALON. Si, si, llorarle es preciso,
fatal ha sido su suerte!
Mas no olvides que mi vida...

FEL. Ya rotos miro mis lazos,
y á tí te tiendo los brazos.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, y AUGUSTO.

AUG. Oh!.. (*esclamacion de alegria.*)

FEL. Hijo! (*tendiendole los brazos.*)

AUG. Madre querida! (*corriendo á ella.*)

ALON. Vivirás entre los dos!
Qué piensas hijo? ¿Qué dices?

AUG. Al ver que ya sois felices,
le doy mil gracias á Dios!

FIN.

MADRID, 1849.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

